

III.

IGLESIAS PRIMITIVAS.—ESTUDIANTES CELEBRES.

Se estrañará hoy día no hallar en la iglesia el coro bajo de que nos habla el P. Torquemada; pero hay que saber que la existente es la tercera de las que se han edificado en el mismo sitio.

La primitiva iglesia de Tlalotelco fue propiamente una capilla ú oratorio, sobre la cual estaban las viviendas de los religiosos. Hízose despues otra mas capaz por los años de 1543, que era de tres naves segun Motolinía, y en la que sin duda estaba el coro bajo de que se ha hablado. Ultimamente se erigió la que hoy existe, debida al sudor de los indios, que trabajaron en la fábrica con la mayor alegría y sin salario alguno. Dirigió la obra como perito el P. Torquemada, segun nos informa en el prólogo de su *Monarquía Indiana*, y puso mano en ella tambien el P. Fr. Juan Bautista, guardian que fue del mismo convento, autor de muchos escritos celebrados, y al cual llamaban en su tiempo el Ciceron de la lengua mejicana. Costó este edificio mas de noventa mil pesos, y se dedicó en el año de 1609.

Mas no perdamos de vista el colegio.

La obra del virey D. Antonio de Mendoza fue dignamente continuada por el sucesor de tan noble caballero, D. Luis de Velasco, el cual, informado de que las rentas del establecimiento no eran ya bastantes para sustentar á los colegiales, cuyo número habia crecido, lo puso en conocimiento del emperador, obteniendo por este medio la autorizacion competente para aumentarlas cada año con doscientos ducados tomados del real erario.

En cambio de este corto sacrificio por parte del gobierno, creció lozana la tierna planta de Tlalotelco, y no defraudó las esperanzas de los que con tanto anhelo la cultivaron al principio; aquellos niños de color oscuro y de tímido mirar, á quienes conceptuaban idiotas los orgullosos castellanos, llegaron á ser

en breve jóvenes provechosos á la patria sirviéndole con sus conocimientos, ora ayudando á escribir las obras que debemos á la pluma de los primeros franciscanos, ora desempeñando cátedras en el mismo colegio donde fueron alumnos, y ora, en fin, ocupando con honra los puestos públicos á que, segun su condicion, eran llamados.

Sin acudir á muchos ejemplos, solo citaremos á dos de esos jóvenes, Hernando de Rivas y D. Antonio Valeriano. Fue el primero natural de Texcoco y grandemente perito en idioma latino, tanto, que con la mayor facilidad traducía en castellano y mejicano cualquier escrito en latin, atendiendo más al sentido que á la letra. Ayudó al P. Fr. Alonso de Molina en la composicion del vocabulario de la lengua mejicana, y á Fr. Juan de Gaona en la del libro, escrito en la misma lengua, titulado: *Coloquios de la paz y tranquilidad del alma*. Murió en el año de 1597.

D. Antonio Valeriano, natural de Atzacapotzalco, fue varon señalado en conocimientos de latinidad y filosofía, y sucedió en las cátedras á los que habian sido sus maestros. Despues de algunos años de profesorado, fue electo gobernador de la parcialidad de San Juan, y desempeñó el cargo por mas de treinta y cinco años, con grande aceptacion de los vireyes y edificacion de los españoles, como dice Fr. Juan de Torquemada, que fue su discípulo en la lengua mejicana. Voló su fama hasta la Península, y el rey le dirigió una carta en que elogia su talento y se le muestra muy complacido por la conducta que observaba. Murió en el año de 1605, y á su entierro que fue en la capilla de San José de Naturales, asistió un concurso numeroso, así de indios como de españoles, entre los cuales se hallaron presentes los colegiales de Tlalotelco por haber sido el finado su catedrático, segun dijimos. Refiérese que dejó varios escritos tanto en latin como traducidos del mejicano en español, entre otros una traduccion de Caton, "cosa cierto muy para estimar," como se espresa el historiador antes citado. Suponemos que el Caton de que se trata es Dionisio, que floreció en el siglo tercero de nuestra era, y que escribió los cuatro libros de *Disticos morales*.

El ejemplo de estos dos indios eminentes, cuyo saber y pureza de costumbres encarecen los historiadores de aquel tiempo, pudo haber sido bastante para convencer á los incrédulos

de que los hijos del país no solo eran capaces de aprender las ciencias, sino susceptibles de la mas esmerada educacion literaria; pero hubo ademas hechos ruidosos que acreditan haber sido menester adquirir ese convencimiento mediante sacrificios de amor propio, y de ellos referiremos uno muy celebrado en las crónicas.

Fue el caso, que un clérigo recién venido de España, de los que recitaban latin sin saber una regla de gramática, como habia muchos en aquella época; no pudiendo creer que los indios sabian la doctrina cristiana ni mucho menos el idioma latino, acertó á pasar un dia por Tlalotelco á tiempo que salian del aula los estudiantes, y acercándose á uno de ellos ignorando que lo era, le preguntó si sabia el *Pater Noster*.

—Sí, padre, contestó el indio.

—Pues bien, dilo.

El estudiante lo recitó á satisfaccion del clérigo; pero insistiendo este en su tema, añadió:

—Ahora dí el credo.

Obedeció el examinado y comenzó á decirlo en latin; mas al llegar á las palabras *Natus ex Maria Virgine*, replicóle su interlocutor:

—*Natus* no es bien dicho, sino *Nato*. . . . sí, *Nato ex Maria Virgine*.

—No, padre, *Natus* es lo que pide la gramática.

—Cómo! No puede ser. . . .

—*Reverende pater*, dijo entonces el colegial queriendo traer á su adversario al terreno de la gramática, *Nato, cujus casus est!*

El reverendo, que ni siquiera entendió la pregunta, confuso y sin saber qué responder, tartamudeó una respuesta, que todo pudo ser menos congruente, y se despidió del indio con el rostro encendido de vergüenza.

IV.

LOS LECTORES DEL COLEGIO.

Hemos consagrado un recuerdo á los alumnos, y justo es que no nos olvidemos de los maestros.

Ya hemos hecho mencion en otra parte de Fr. Maturino Gilberti, que escribió un tratado de gramática latina para los estudiantes de Tlalotelco, y del P. Fr. Andrés de Olmos, aunque respecto de este religioso no hemos indicado todavía la parte que tuvo en la enseñanza de los colegiales, que fue grande; baste decir, que durante el tiempo que residió en la capital, antes de partir á misionar entre infieles y mientras se dedicaba á las lenguas mejicana, huasteca y totonaca, que llegó á poseer con perfeccion, tuvo á cargo la cátedra de latinidad con gran aceptacion de sus prelados y provecho de los estudiantes.

No menos benéfico á estos fue el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Este insigne religioso, natural de un lugar de España que tiene por nombre su apellido, hizo sus estudios en Salamanca y tomó el hábito en el convento de aquella ciudad. Pasó á Méjico en 1529 con Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, y desde luego se hizo estimar por sus raras prendas, habiendo merecido no solo la benevolencia de sus hermanos, sino lo que entonces se consideraba como un bien escelso, la amistad y frecuente trato con el V. Fr. Martin de Valencia. Fue guardian varias veces; pero su amor al estudio le obligó despues á renunciar ese cargo y á pretender el de lector en el colegio de Santa Cruz, que consiguió sin dificultad, conocida como era de los superiores su aptitud para la enseñanza. Ya desde la fundacion del establecimiento habia sido nombrado catedrático juntamente con el doctísimo Fr. Juan de Gaona, y así entonces como despues sobresalió por su amor á la juventud mejicana, á quien con la mayor paciencia hizo aprender á leer y escribir, estendiendo asimismo su cuidado á instruirla en la música. Pero el ramo que principalmente enseñó fue la gramática, así como su compañero, la retórica y filosofía.

Frutos de su talento y laboriosas investigaciones fueron varias obras de que hablan con elogio los cronistas, entre otras, *el arte de gramática mejicana*, *Sermones para todo el año*, en mejicano, *Comentarios al Evangelio, para las misas solemnes de día de precepto*, *la Historia de los primeros pobladores franciscanos en Méjico*, *Escala espiritual*, que fue, segun se dice, la primera obra que se imprimió en Méjico, en la imprenta que trajo de España Hernan Cortés, y el *Diccionario trilingüe de español, latin y mejicano*, que tuvo en las manos el P. Vetancurt, y que ignoramos si habrá llegado á las de la posteridad.

Pero ninguna de sus producciones ha sido en nuestros dias tan celebrada como la *Historia general de las cosas de Nueva-España*, y ninguna ciertamente que mas merezca serlo, así por su gran mérito y las circunstancias de su formacion, como por la mala suerte que corrió en su tiempo, la cual influyó notoriamente para que permaneciese inédita hasta nuestro siglo.

Esta obra fue dividida por el autor en doce libros, de los cuales el duodécimo trata de la conquista de Méjico. Como lo indica su título, abraza una materia importante y muy estensa, que hasta la fecha en que se propuso estudiarla nuestro fraile, habia sido vista por sus hermanos con descuido, ó por lo menos con bien poca aficion. El le consagró los afanes de la mitad de su vida. En cuanto á los motivos que le obligaron á tomar la pluma y los medios de que se valió para salir airoso de la empresa con el tino y escrupulosidad á que era tan inclinado, nadie mejor que él puede informarnos; y así para este objeto como para dar una muestra de su estilo á quien no le conozca, trasuntaremos la parte conducente del prólogo que puso al principio del libro segundo. Hé aquí cómo se espresa:

“Como en otros prólogos de esta obra he dicho, á mí me fue mandado por santa obediencia de mi prelado mayor, que escribiese en lengua mejicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan. Recibido este mandamiento, hice en lengua castellana una minuta ó memoria de todas las materias que habia de tratar, que fue lo que está escrito en los doce libros y la postilla (comentario) y cánticos, la cual se puso de prima tijera en el pueblo de Tepeapulco, que es de la provincia de Culhuacan ó Texcoco: hizose de esta manera. En el

dicho pueblo, hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba D. Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en las cosas curiales, bélicas y políticas, y aun idolátricas. Habiéndolos juntado, propúseles lo que pretendia hacer, y pedíles me diesen personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar, y me supiesen dar razon de lo que les preguntase. Ellos me respondieron que se hablarian acerca de lo propuesto, y que otro dia me responderian, y así se despidieron de mí. Otro dia vinieron el señor con los principales, y hecho un muy solemne parlamento, como ellos entonces lo solian hacer, que así lo usaban, señaláronme hasta diez ó doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podia comunicar, y que ellos me darian razon de todo lo que les preguntase. Estaban tambien allí hasta cuatro latinos, á los cuales yo pocos años antes habia enseñado la gramática en el colegio de Santa Cruz en el Tlalotelco. Con estos principales y gramáticos tambien principales, pliqué muchos dias cerca de dos años (siguiendo el orden de la minuta que yo tenia hecha). Todas las cosas que conferimos me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban: los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaracion al pie de la pintura. Tengo aun ahora estos originales. Tambien en este tiempo dicté la postilla y los cantares; escribiéronle los latinos en el mismo pueblo de Tepeapulco. Cuando fue al capítulo donde cumplió su hebdómada el padre fray Francisco Toral, el cual me impuso esta carga, me mudaron de Tepeapulco llevando todas mis escrituras: fui á morar á Santiago del Tlalotelco; allí juntado los principales, les propuse el negocio de mis escrituras y les demandé me señalasen algunos principales hábiles, con quien examinase y platicase las que de Tepeapulco traia escritas. El gobernador con los alcaldes me señalaron hasta ocho ó diez principales escogidos entre todos muy hábiles en su lengua, y en las cosas de sus antiguallas; con los cuales, y con cuatro ó cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo mas encerrados en el colegio, se enmendó de claro, y añadió todo lo que de Tepeapulco traje escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de ruin letra, porque se escribió con mucha prisa. En este escrutiño ó exámen, el que mas trabajó de todos los colegiales, fue Martin Jacobita, que entonces

era rector del colegio, vecino de Tlaltelolco, del barrio de Santa Ana. Habiendo hecho lo dicho en el Tlaltelolco, vine á morar á San Francisco de Méjico, con todas mis escrituras, donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas, y las torné á enmendar, y dividílas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos. Despues de esto, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, y general de Méjico el padre fray Diego de Mendoza, con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros, y se enmendó y sacó en blanco la postilla y los cantares, y se hizo un arte de la lengua mejicana, con un vocabulario apéndiz, y los *mejicanos* añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco; de manera, que el primer cédazo por donde mis obras se pasaron fueron los de Tepeopulco, el segundo los de Tlaltelolco, el tercero los de Méjico, y en todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales."

Llamaron muchos á esta obra cuando se estaba formando, *Calepino*, figurándose acaso que lo que en ella trataba principalmente el autor era, dar á conocer la lengua mejicana, que conocia perfectamente, al modo que lo hizo aquel políglo to con respecto á la romana. Apesar de que la naturaleza del libro de que hablamos no corresponde á esta creencia, puede él considerarse como el tesoro mas copioso de las voces y locuciones propias y elegantes del mejicano, siendo aun por solo este título de una utilidad y escelencia indisputables.

Pues bien, Sahagun tuvo el sentimiento de ver que su trabajo era tenido en poco, ó mas bien, que se le reputaba peligroso y aun nocivo á los naturales del país. Creyóse erradamente que un escrito en que aparecia la relacion fiel y por estenso de los dogmas y ritos de la idolatría azteca, podia hacer infructuosas las tareas de los misioneros enderezadas á desarraigar la superstición y á sembrar la semilla del cristianismo en el entendimiento de los mejicanos, sin reparar que el sábio historiador se encargó en el mismo libro de impugnar aquellos dogmas absurdos y ritos sanguinarios, presentando así el antidoto al lado del veneno.

La obra fue pues acogida con disfavor de parte de los religiosos, y so pretexto de que el traslado de los manuscritos que Sahagua habia acopiado, era un gasto exorbitante para el con-

vento, quedó aquella á medio concluir y arrinconada por espacio de mas de cinco años.

En este tiempo hizo el autor un sumario de toda ella, que llevaron consigo á España los padres fray Miguel Navarro y fray Gerónimo de Mendieta, el cual fue á dar á manos de D. Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias. Este sugeto hizo de él toda la estimacion que merecia, y por encargo suyo, luego que vino de comisario general el P. Fr. Rodrigo de Sequera, se recogieron los preciosos manuscritos, que estaban diseminados en varios conventos de la provincia, y se mandó á nuestro historiador que los tradujese en castellano, proveyendo de lo necesario para que se trasuntasen de nuevo, ordenándolos en dos columnas por página, la lengua mejicana en una y el romance en la otra.

Hecho esto, y añadida una columna más destinada á la declaracion de los vocablos mejicanos, señalados por sus cifras, quedó dispuesto el libro en dos volúmenes de á folio y fue enviado á Madrid. Todo conspiraba á hacer creer que allí sería dado á la estampa; pero lo cierto es que desde entonces volvió á caer en su anterior desgracia, y desconocido por mas de dos siglos, aunque no del todo olvidado, solo hasta fines del anterior amaneció de nuevo en el horizonte literario, merced al laudable empeño de D. Juan Bautista Muñoz. Este literato halló el manuscrito en la biblioteca del convento de Tolosa en Navarra, y de la copia que hizo él de propio puño se sacaron dos, una que publicó lord Kingsborough en 1830 en el tomo sexto de su compilacion (de que hay un ejemplar en el museo nacional de antigüedades), y otra que costó para sí nuestro compatriota D. Diego García Panes, que fue la que dió á luz un año antes en Méjico D. Carlos María de Bustamante.

El destino singular de esta obra, á quien ni su mucha importancia pudo librar del olvido y de una celebridad tardía, harán en todo tiempo desmayar á los autores cuyas producciones se encuentren en las mismas circunstancias, cuando su pluma no obedezca otro móvil que el amor á la gloria contemporánea; mas no á los que aspiran á otra especie de renombre, al que otorga reconocida la posteridad á los ingenios cuyos partos se encaaminan al bien del linage humano. En esta segunda categoría está colocado nuestro historiador. Dedicando sus obras al P. Rodrigo de Sequera, le dice, entre otras cosas:

“de manera, que el sér y valor que tienen y tendrán, á solo él que las favoreció para que saliesen á luz, se ha de atribuir más que no al autor.” Aunque envuelto en un velo de modestia, se percibe en estas palabras el sentimiento que abrigaba el P. Sahagun del mérito imperecedero de sus escritos; sentimiento que le mantenía firme en el propósito de darlos á conocer á pesar de la injusticia de sus opositores, y que le vaticinaba el aprecio que haria de ellos la gente venidera, dado que no lograra durante sus dias contrastar esa injusticia. Simpatiza el corazon con un hombre que descansando solo en su conciencia, aguarda lleno de confianza el fallo de los siglos por venir, y causa admiracion ese su empeño en ofrecer al mundo una obra acabada para labrarse una fama póstuma, mayormente si se compara con la frivolidad que distingue á no pocos escritores de nuestro tiempo, sobrado impacientes por ganar gloria, y muy descuidados en saberla merecer.

Después de cuarenta años de enseñar á los colegiales de Tlalteolco, murió el P. Sahagun á los sesenta de su edad en el convento de San Francisco; en cuyo templo fue sepultado su cuerpo, acompañándole al sepulcro las lágrimas de los indios y de todos los hombres que estiman en su valor real una vida consagrada al culto de la virtud y de la ciencia.

Para completar el cuadro de los primeros lectores del colegio de Santa Cruz, señalaremos también como uno de ellos al P. Fr. Francisco de Bustamante, natural del reino de Toledo, varon docto, que vino á nuestro país en 1542; enseñó artes y teología en el citado establecimiento; fue provincial y comisario general dos veces; y habiendo pasado á España á negocios del bien público, segun dice Vetancurt, murió en Madrid á 1º de Noviembre de 1562. No olvidaremos tampoco á los PP. Fr. Juan de Gaona y Fr. Juan de Focher, este francés y aquel natural de Búrgos, descollantes ambos en el conocimiento de la lengua mejicana y autores de varias obras la mayor parte inéditas; tan casto y modesto el primero, que se le proponia por dechado á las doncellas, y tan docto el segundo, especialmente en cánones, derecho civil y teología, que aun los sábios le consultaban para oír su parecer; siendo este tan acreditado, que el P. Fr. Alonso de la Veracruz, fundador de la universidad de Méjico, al saber la muerte de nuestro fraile, exclamó: —Focher es muerto, pues todos que damos en tinieblas!

Habiendo tratado de los primeros alumnos y lectores que ilustraron el colegio de Santa Cruz de Tlalteolco, faltariamos á un deber si pasáramos adelante sin detenernos á contemplar la hermosa figura del mejor guardian del convento de Santiago, del historiador de Méjico, cuya obra ha llegado hasta nosotros acompañada siempre de merecido aplauso, en fin, del autor de los *Veintiun libros rituales y Monarquía Indiana*.

V

FRAY JUAN DE TORQUEMADA.

El cronista Vetancurt, sin saberse por qué razon, negó en su *Menologio franciscano* un lugar al religioso cuyo nombre hemos colocado al principio de este capítulo. Toda la noticia que de él nos da se reduce, á que fue hijo de la provincia del Santo Evangelio y su cronista; que salió electo provincial en el capítulo celebrado en Xochimilco en 18 de Enero de 1614, y que escribió y publicó la vida del beato Sebastian de Aparicio, así como la historia que acabamos de mencionar, respecto de la cual añade que se valió para formarla de los muchos escritos de los mas antiguos padres y señaladamente del libro que compuso Fr. Gerónimo de Mendieta, intitulado *Historia eclesiástica indiana* que pasó á manos del P. Fr. Juan Bautista y de ahí á las de nuestro historiador, su discípulo. Pero algunos apuntamientos propiamente biográficos, la indicacion siquiera de los lugares donde nació al mundo y á la orden seráfica, esto es lo que no ha hecho Vetancurt, y semejante proceder le ha acarreado la fea nota de envidioso.

Mas no solo se contentó con ese desden, sino que obrando con la mayor injusticia no ha dudado callar un hecho que fue sin duda reputado en aquellos tiempos como un timbre para el P. Torquemada, queremos hablar de la parte señaladísima que tuvo este en la ereccion de la actual iglesia de Santiago Tlal-